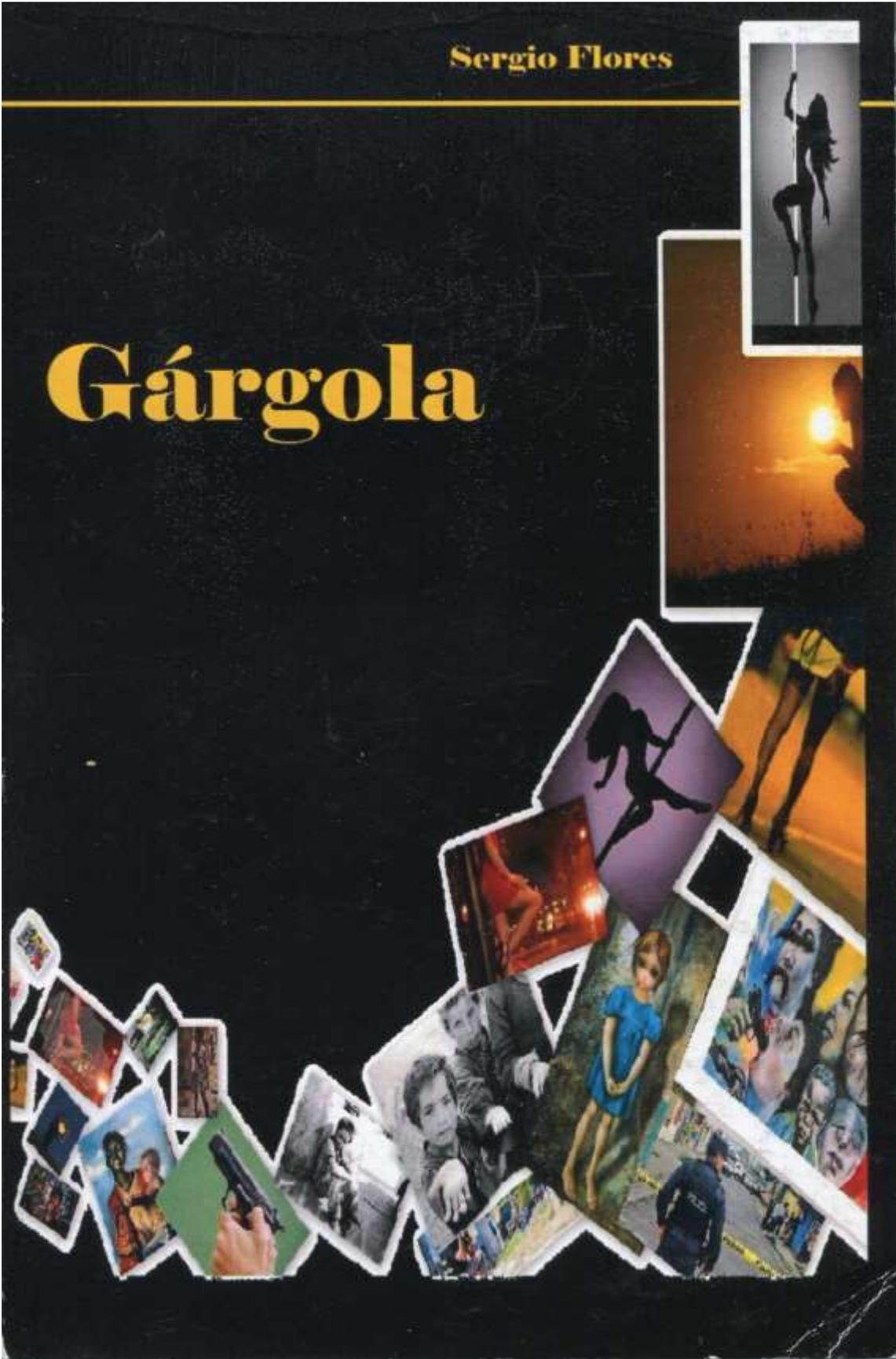


Sergio Flores

Gárgola



Gárgola

Sergio Alfredo Flores Acevedo

A Lolita Acevedo, mi inolvidable madre.

I

“Esa muerta, no es mujer”

El tibio sol comenzaba a calentar las cornisas de las viejas casas de la avenida y junto al nuevo amanecer, el bullicio de la transitada calle, comenzó como todos los días a hacerse más fuerte, a medida que crecía la mañana. Un viejo reloj colgado en un pequeño negocio de refacción de zapatos recién abierto, marcaba las seis horas con siete minutos, el flacucho niño dormía profundamente, la madrugada había sido para su sueño una tormentosa experiencia de pesadillas que lo hicieron sobresaltarse en varias ocasiones en su precario dormitorio, tenía tres días de padecer la temible fiebre Chikungunya y el dolor en el cuerpo era terrible, el día anterior lo había pasado tirado en un pedazo de cartón, tomando sólo el agua, que su amiguito “Tintín”, le llevaba en un vaso desechable color rojo y que tenía una leyenda que decía “Pizza Hut”. Después de tiritar la fiebre se quedó dormido, cuando el amanecer comenzaba su lento pero persistente apareamiento. Mientras dormía, fue despertado de manera violenta al sentir el puntapié que le había propinado en su costado derecho un agente de la Policía Nacional Civil, uniformado y armado con la macana en su mano.

- ¡¡Levántate mono cerote, vos con estos bichos mataron al culero, ya se los va a llevar putas...levántense cabrones!!

Decía el policía dirigiéndose al niño enfermo y a otros dos varones y una niña, que en la última semana habían escogido dormir en una casa abandonada, que se ubicada sobre la decadente avenida independencia, en la turbulenta ciudad de San Salvador, la casa en sus buenos tiempos fue residencia de un almacén o tienda, no tenía puertas y las enormes ventanas en donde hubo vitrinas de vidrio, protegidas durante las noches por cortinas metálicas, sólo quedaban los amplios huecos por donde podían ingresar sin ningún tropiezo todo aquél que así lo desease, los cuartos interiores se habían convertido en letrinas y las paredes tenían todo tipo de manchas y grafitis sin sentido estético, el lugar despedía una incómoda hedentina, y su interior se prestaba para cometer actos delictivos y aberraciones consentidas.

El niño enfermo con la fiebre Chikungunya tenía trece años, su nombre era David, pero en la calle le llamaban “El Gárgola”, la niña menuda, despeinada y sucia la conocían como “La Tina”, de tan solo once años, el otro niño tenía la misma edad de “La Tina” éste tenía una deformación en su pie izquierdo que lo hacía cojear, pues caminaba sobre el empeine del pie, por dicha deformación le apodaban “Patecumá”, y el más chico, un niño macilento de ocho años de edad, a quien le llamaban “Tintín”. Los cuatro niños habían constituido una pequeña manada nómada urbana, que deambulaba por todo el centro de San Salvador, eran el ejemplo vivo de los niños de la calle, los sin nombre, los que, en los discursos políticos, aparecen solamente como una estadística.

- ¡¡¡Levántense monos cerotes!!! - gritaba de manera prepotente el agente policial, quien no escatimaba en dar golpes a los muchachos que se habían levantado asustados y temblando del miedo. David a pesar del fuerte dolor que le provocó el puntapié, se levantó sin ninguna muestra de

dolor ante su agresor, para evitar ser golpeado nuevamente, pues una de las reglas importantes en la calle es no mostrar miedo o cobardía; el dolor era punzante, pero debía actuar natural.

- ¡¡¡Salgan a la acera hijos de puta, que los vamos a interrogar!!! Dijo con desprecio el agente policial, quien a empujones los sacó de la sala de la casa, y les ordenó que se sentaran en la acera.
- Mientras salían se percataron que en la zona había muchos curiosos que se encontraban al lado izquierdo de la casa, también había una cinta amarilla que decía "NO PASAR POLICIA". Y en el centro del perímetro aislado por la cinta policial, había un cuerpo aparentemente de una mujer, con las manos y pies atados con un lazo delgado, vestida con una minifalda color rosado maravilla, sin blusa ni zapatos, tirada de espalda en la acera.

En la escena del crimen, se encontraban presentes personal de inspecciones oculares de la Policía Nacional Civil, realizando las diligencias concernientes al asesinato la zona estaba cundida de curiosos entre vendedores ambulantes y transeúntes que se encontraron con la escena al pasar por el lugar. Durante el día a lo largo de esa acera permanecen expertos zapateros que acomodan sus máquinas de coser y accesorios, esperando ofrecer los servicios a sus clientes y a pesar del alboroto los fieles obreros, habían comenzado a instalar sus puestos para empezar un día normal de trabajo.

- Está muerta, no es mujer...- dijo un investigador a otro que recién se bajaba de una patrulla policial y se acercaba para observar e indagar sobre los hallazgos-
- ¿Qué tenemos aquí entonces? - Preguntó el agente, quien respondía al nombre de Héctor Landaverde, un joven investigador de veintiocho años, a quien le habían asignado el caso.
- Según nos relató un informante de la zona, es un culero de un puterío que se encuentra cerca de esta avenida; según hemos indagado, este baboso a partir de las nueve de la noche se ponía en las esquinas a esperar que se lo levantaran, pero anoche no le fue nada bien. Respondía al nombre de "La Yajaira" y su único domicilio es el puterío conocido como "La boca del toro", dice la fuente de información que ahí es donde vivía... esta gente es lacra, no vale la pena gastar recursos en estos casos; cuando llamé al fiscal me dijo que le daría prioridad al reconocimiento del cadáver de un motorista que fue asesinado al interior de un bus de la ruta 7D, por lo que éste debemos hacerlo nosotros con el forense, sin su presencia, que le dejáramos el espacio de la firma en el acta dijo, para hacer constar que estuvo presente...
- ¿Ya revisaron el cadáver? -Preguntó el Agente Landaverde sin darle importancia al asunto del Fiscal-
- Sí, está amarrado de pies y manos, con un lazo de nylon delgado, con los brazos hacia atrás. Como lo ves, está tirado de espaldas, tiene un tatuaje en la nalga izquierda que dice "Jhonny", está maquillado como mujer y entre otras evidencias encontramos una cartera con cosas personales y una moneda de a dólar a dos metros de distancia del cadáver, no tiene zapatos y presenta un agujero de entrada de bala en la nuca, que salió en

la frente, esto hace suponer que el disparo fue ejecutado mientras la víctima estaba hincada y con la cabeza hacia abajo... Por lo demás veremos que dice la autopsia –dijo el agente, quien después dio un profundo bostezo- - ¿Hay testigos?

- Encontramos a cuatro cipotes callejeros durmiendo en la casa abandonada que está a un lado. Son esos que están sentados en la acera, pudieron haber visto algo pero de seguro no querrán decir nada, estos bichos de la calle son pícaros y por lo general no queman a nadie.
- El Agente Landaverde se acercó a los cuatro niños sentados que se encontraban con la mirada expectante en el policía vestido de civil que se aproximaba.
- Hey bichos, ¿saben algo sobre este muerto?
- Los tres niños permanecían callados y de reojo “Tintín”, miraba a David “El Gárgola”, quien, por su edad y otros atributos de su recia personalidad, era considerado el líder del grupo.
- No hemos visto nada, señor. -Dijo David “El Gárgola” después de unos segundos sin mirar el rostro del agente, pues tenía los ojos pegados al suelo y en ese momento no soportaba el fuerte dolor en las articulaciones.
- En su interior sabía de quién se trataba el muerto, pues era un reconocido transexual de la zona y esperaba que ninguno de sus amiguitos dijera algo sobre el hecho, pues eso implicaba quedar a merced de los abusos policiales que sacarían a golpe de macana la información que considerarían que no se había querido dar. Los tres niños permanecían callados, mirando al suelo, David “El Gárgola” no se percató del hecho, pues la fiebre de la madrugada y las espantosas pesadillas, lo mantuvieron privado del mundo exterior. El agente Landaverde volvió a insistir sobre el hecho.
- Les pregunto de nuevo cipotes, ¿vieron quién mató a este culero anoche?
- Los cuatro permanecieron en silencio, David “El Gárgola”, levantó la mirada fijamente hacia los ojos del agente.
- Señor, nosotros no tenemos nada que decirle, usted cree que si hubiésemos visto algo, nos hubiéramos quedado cerca del muerto, sólo un pendejo haría eso y nosotros nos hubiéramos dado a la fuga ¿acaso no conoce la ley de la calle?

El Agente Landaverde volteó a ver al cadáver y luego miró fijamente a David, “El Gárgola”:

- De acuerdo, no vieron nada, entonces ¿escucharon alguna detonación?
- -No señor, si la hubiéramos escuchado, nos hubiera despertado y al ver qué pasaba, nos hubiéramos retirado de aquí.
- Está bien bicho, ¿cómo te llamás?
- Me dicen “El Gárgola”, no sé cómo es mi nombre.

- Tendré en mente tu rostro “Gárgola”, ahora quiero que se vayan de aquí rápido - Dijo el agente Landaverde, volviendo su atención al levantamiento del cadáver, pues en ese momento se hacía presente el Forense.
- Los cuatro niños se levantaron de la acera y con sus cuerpecitos cabizbajos comenzaron a retirarse del lugar, el agente prepotente que los había sacado de la casa, los miraba con desprecio. David “El Gárgola”, caminaba de manera estoica, para no provocar ninguna reacción del agresivo policía, a pesar de sentirse muy mal, no perdió su agudo sentido de atención, y desde que el policía uniformado los obligó a sentarse en la orilla de la acera, había fijado su mirada en un objeto brillante que se encontraba dentro de un tragante, los policías no lo vieron por no darle importancia al mal oliente tragante de aguas lluvias. Pensó en volver, para revisar o enviar a “Patecuma”, para que sacara el pequeño objeto del fondo del tragante.

El cadáver fue introducido en una bolsa negra de plástico y cargado hasta la cama de un pickup del Instituto de Medicina Legal que transportaba otros tres cadáveres embolsados y recogidos de otros lugares. La maquinaria criminal de asesinatos se había desbordado en todo el territorio, los políticos electoreros trataban el asunto como un alza en la ola de violencia, cuando en verdad lo que se estaba experimentando era un verdadero Estado Fallido, pues las instituciones ya no eran capaces de garantizar el orden y la disuasión delincinencial a las poderosas maras, que habían impuesto su autoridad suprema en grandes núcleos poblacionales en todo el país y nuevamente como en momentos anteriores de la historia del país, se generaba una constante diáspora de los pobres de siempre, que desesperados e indefensos por la amenaza del crimen fuertemente organizado, buscaban lugares medianamente seguros para vivir.

Durante el procedimiento de fijación por fotografía y recolección de las evidencias, se hicieron presentes periodistas y reporteros de los noticieros. Para darle cobertura al hallazgo del cadáver, todos querían una toma y la historia más bizarra sobre el asesinato, para presentarla durante la transmisión del programa noticiero, cada quien buscaba el sensacionalismo aberrado y cundido de miedos, para poderlo vender a una audiencia acostumbrada al escándalo y al entretenimiento morboso. Un policía uniformado daba una entrevista a los medios, mientras el agente Héctor Landaverde, vestido de civil y con un gorro pasamontaña en su rostro, para no ser reconocido, revisaba el acta de inspección, elaborada por uno de los agentes encargados de procesar la escena. Al terminar de leer el acta, se dirigió al vehículo en el que guardaban las evidencias y al estar frente al agente encargado, esperó que terminara de etiquetar unos tubos de ensayo conteniendo material sanguíneo, los cuales ordenaba dentro de una caja en la que se guardaban las evidencias, el agente lo vio desde el gorro pasamontaña, Landaverde le dijo:

- ¿Me puedes prestar la evidencia que se enumeró con el número once, por favor?
- ¿Es la moneda de un dólar que se encontró a dos metros del muerto...?
- Sí...

Tomó la evidencia que consistía en una bolsita plástica especial con su etiqueta y número correlativo, adentro se encontraba una moneda de un dólar, el agente Landaverde observó detenidamente la moneda, y dio un suspiro.

- Esta onda ya no me gusta...-dijo meditabundo el agente Landaverde mientras miraba hacia la escena del crimen-
- ¿Qué pasa? -preguntó el otro agente extrañado por la aseveración de Landaverde-
- Este hijeputa tenía seis meses de no matar y ahora lo volvió a hacer.
- ¿Quién?
- ¿Hace cuánto estás trabajando en la delegación de Investigaciones de San Salvador?
- Desde hace un mes.
- Entonces vámonos para la Delegación, te explicaré cuando estemos ahí, pues este asunto se está llevando con discreción y la investigación sobre este caso, debe acumularse a otras.

En ese momento, las diligencias habían terminado y los agentes encargados del procedimiento en la escena del crimen, abordaron el vehículo y salieron rumbo a la Delegación de Investigaciones de la Policía Nacional Civil. Al llegar, Héctor Landaverde bajó del vehículo, se acomodó la pistola nueve milímetros que portaba en la pretina del pantalón, en ese momento recibió una llamada telefónica en su celular, era su ex pareja, con quien habían terminado después de siete años de una relación tormentosa en la que procrearon un hijo. La relación llegó a su fin cuando Landaverde encontró a su mujer en el lecho matrimonial, manteniendo relaciones sexuales con un compañero de la corporación policial y en medio de sentimientos encontrados y decisiones apresuradas, la tóxica relación llegó a un amargo final. Sin embargo, la disputa por el hijo se volvió una constante lucha ante un juzgado de familia, en el que se ordenó que el menor quedara bajo el cuidado de la madre y que el padre estaría obligado a aportar una cuota alimenticia. La llamada de la mujer era con el fin de realizar una nueva amenaza, para forzarlo a que aumentara la cuota alimenticia del niño, en dichas llamadas la mujer no perdía oportunidad de ofenderlo con palabras soeces y amenazarlo con quitarle el sesenta por ciento de su salario, con el fin supuestamente de ayudar al hijo en común. Landaverde dejaba que la mujer hablara todo lo que quisiera sin decir una palabra; sin embargo, en sus adentros ardía de rabia que controlaba manteniéndose en silencio, la llamada se cortaba cuando la mujer se cansaba de gritar improperios.

Después de guardar su teléfono, se dirigió a la oficina de investigaciones, el jefe era un viejo subinspector conocido por el indicativo de "Saigón", quien luego de revisar el informe de la escena en la Avenida Independencia, convocó a una reunión de revisión de casos de investigación. Cada uno de los miembros de la unidad, se hizo presente, algunos llevaban libretas de anotaciones. Cuando todos estaban sentados alrededor de una enorme mesa cuadrada, el subinspector "Saigón" tomó la palabra.

- Bien señores, los he convocado para que veamos el asunto de los casos de investigación bajo nuestra responsabilidad, realmente estamos saturados y por eso he pedido que nos asignen una nueva oficina y se

nos han asignado ocho investigadores más. El alza de homicidios se disparó en este año y por lo visto esto va a seguir aumentando. Estoy claro que en estos últimos meses todo el personal ha estado muy tensionado tratando de sacar adelante el trabajo, para que los resultados en los juzgados sean positivos y de mi parte quiero reconocer el esfuerzo, pero en esta reunión necesito que abordemos el caso del "Mata Gay", este asunto se nos está saliendo de las manos, por lo que es necesario que le pongamos especial atención. Para aquéllos agentes que por el poco tiempo de ser miembros de esta unidad, no tienen información sobre este criminal, dejaré que el Agente Héctor Landaverde, les haga una exposición sobre este caso y podamos unir esfuerzos en la captura de este delincuente.

Héctor Landaverde se puso de pie, sacó su teléfono de la bolsa del pantalón y lo apagó, luego abrió una agenda en la que necesitaba consultar unos datos, vio a su alrededor y había un número de quince investigadores. Por falta de sillas algunos se encontraban de pie, entre éstos, el agente que mostró la evidencia de la escena que acababan de terminar, etiquetada con el número once. Algunos estaban desvelados, pues habían realizado el turno de trabajo, durante la noche... entre estos el mismo Agente Landaverde, luego de carraspear se dirigió a sus compañeros.

- Bien señores, este jodido nos tiene como locos, sabemos poco de él y no entendemos por qué gusta matar sólo transexuales, con este último ya son seis asesinados en el curso de los últimos dos años; cuatro los asesinó entre marzo y noviembre del año dos mil once y en este año mató a uno en abril y tenemos este de ahora, trece de junio del año dos mil doce.
- ¿Y cómo saben ustedes que es el mismo sujeto el que ha matado a los seis transexuales, si estás diciendo que saben muy poco sobre él? - Dijo uno de los asistentes que hasta ese momento escuchaba la historia del potencial asesino serial. A Landaverde se le dibujó una sonrisa y luego tomó la palabra.
- Ciertamente teníamos a un testigo que se trataba de un transexual, que logró escaparse de un sujeto que le pagó por servicios sexuales y que estando ambos en un callejón cercano a la calle donde ofrecía sus servicios sexuales, el sujeto se le fue encima y trató de tomarlo del cuello, mientras lo golpeaba con furia. De dicho hecho el testigo no pudo describir al sujeto para hacer un retrato hablado, el testigo lamentablemente desapareció, no sabemos qué pasó con él, pues era un transexual capitalino de los que se ponen por las noches cerca del monumento de El Salvador del Mundo y desde hace ocho meses no sabemos nada de él, nadie nos da referencia. Este testigo lo único que nos pudo decir, es que es un hombre alto con cara cuadrada y que tartamudeaba cuando hablaba, pero no pudo dar una descripción exacta, pues en el lugar donde sucedieron los hechos estaba en semioscuridad y logró salvarse al gritar auxilio y un vigilante de una empresa cercana realizó un disparo al aire y el sujeto huyó del lugar.
- ¿Pero con eso no tienen un motivo para decir, que es el mismo que mató a los seis maricas?, dijo otro agente que anotaba en su agenda todo lo que podía de la exposición de Landaverde

- Sí, lo tenemos – Dijo Landaverde, con seguridad.

Luego sin previo aviso, se desplazó de la mesa de reunión, hasta un cubículo en donde se encontraba su escritorio, abrió una gaveta y sustrajo un legajo de fotografías que se encontraban en un sobre, luego regresó al lugar de la reunión y lentamente, mostró una por una sin decir una palabra, las cinco fotografías que se encontraban en el sobre, todas mostraban una moneda de un dólar. Cuando terminó de hacerlo, dijo:

- Cada una de estas monedas, incluyendo la que encontramos ahora cerca del cadáver de la avenida independencia, fueron encontradas muy cerca de cada transexual asesinado, y quiero dejar claro que no fueron las monedas lo que llamó la atención, sino una peculiaridad que deja el asesino en cada una de ellas, vean:

Los agentes pasaron una a una las fotografías e inmediatamente observaron que fueron tomadas por el lado en donde se muestra el rostro del prócer norteamericano que va acuñado y lo primero que vieron fue que era el rostro de George Washington y, además, presentaba el ojo derecho pintado de pintura roja, con un fino pincel, todas las monedas también presentaban el número 1989 a un lado del rostro de Washington, siempre elaborado con un pincel fino en color rojo.

- Como verán –Dijo Landaverde- éste nos ha dejado una firma que no es posible obviar, por lo que a partir de ahora queremos intensificar la búsqueda de este asesino, todos estamos cargados de trabajo, los mareros no dan tregua con la matancinga de gente que tienen en todo el país, pero cuando tengamos oportunidad de poder obtener información sobre este caso, no la desaprovechemos.

Después de aclarar otras dudas, la reunión llegó a su fin. Ya eran las diez de la mañana y a la Delegación policial se hicieron presentes un grupo de transexuales miembros de una organización que los aglutinaba, a pedir una reunión con los mandos policiales encargados de dirigir las investigaciones de los crímenes del “Mata Gay” y exigir una pronta respuesta a la delicada situación de seguridad en la que se encontraban. Algunos no escondían el dolor por el asesinato de la que consideraban su compañera y amiga encontrada muerta esa mañana.

II

El Dólar de Oro

David “El Gárgola” caminaba despacio por la acera, el dolor y la fiebre lo martirizaba a cada paso sin embargo debía seguir, realmente no tenía un rumbo fijo donde dirigirse, pues la gran incertidumbre que cernía sobre los cuatro famélicos niños, se había convertido en la vida, siempre caminaban como una manada nómada en un desierto cundido de alimañas venenosas.